

STEVEN C. A. PINCUS: *1688: The First Modern Revolution*, Yale University Press, New Haven, 2009.

Considerando sus dimensiones físicas y textuales (*1688* es una obra de formato grande conteniendo un exuberante manantial empírico de 489 páginas y 128 de notas), podría afirmarse que Steven Pincus ha escrito un libro más próximo a una *Guerra y paz* de la Revolución de 1688 que a una monografía académica de nuestros tiempos. La grandeza decimonónica de *1688* no es accidental; el auto-designado adversario historiográfico de Pincus no es otro que el contemporáneo de Michelet, Carlyle, Blanc o Guizot: Thomas Babington Macaulay (1800-1859), quien en su voluminosa *History of England from the Accession of James the Second* (c. 1848) canonizó la interpretación *Whig* de la Gloriosa, a la que convirtió en (resume Pincus) «una revolución incruenta, consensuada, aristocrática y sobre todo sensible» (5).

Realizando pocos esfuerzos para clasificar a los historiadores post-Macaulay (a quienes divide salomónicamente entre continuadores de la narrativa *Whig* y revisionistas), Pincus ansía transformar la Gloriosa en una verdadera revolución: violenta, divisiva y popular. Las ausencias de una toma de la Bastilla o un terror no la descartan como «un evento radicalmente transformador.» (11) De hecho la Revolución de 1688 (anuncia) fue un evento con orígenes europeos y repercusiones, además de europeas, mundiales —aunque esta última dimensión se afirma más que documenta.

Contra la narrativa de la excepcionalidad inglesa que *empujaba* a Gran Bretaña hacia el interior del Atlántico, Pincus intenta hacer olvidar al lector que Inglaterra se extiende sobre una isla y desea mostrarla, al contrario, como un estado fronterizo con Francia y Holanda. En suma, Pincus persigue drenar el Canal de la Mancha, enfatizando más las similitudes que las diferencias entre la Inglaterra revolucionaria y Europa occidental. ¿Qué mejor manera de hacerlo que proclamar que al otro lado del Canal aconteció en 1688 la primera revolución moderna? Pincus afirma que fue «una revolución nacionalista... Los europeos no tuvieron que esperar por la Revolución industrial o los eventos en Francia a fines del siglo XVIII para ser testigos de un movimiento político de masas en defensa de una comunidad delimitada con una cultura pública compartida» (348).

Además de la excepcionalidad inglesa, Pincus ataca dos tesis básicas de la interpretación dominante sobre la Gloriosa, a saber, fue una revolución protestante y sin demandas de orden social. A ambas tesis Pincus contrapone que la

Gloriosa (a) representó un momento clave en la emergencia del estado moderno, siendo ya las confrontaciones religiosas de escasa importancia real, (b) aconteció en el seno de una sociedad dinámica y (c) tuvo un desarrollo sangriento, popular y divisivo.

Detrás de las tesis (a) y (b), los lectores reconocerán conexiones con Alfred Cobban y en especial Tocqueville, autores centrales en el giro historiográfico de la Revolución francesa desde mediados de la década de 1970. Un giro que la Gloriosa parece aceptar y reelaborar de la mano de Pincus.

(a) Entender la Gloriosa como centro de gravedad de la modernización del estado europeo le permite a Pincus confrontar el espinoso tema de la genealogía entre estado y revolución. Mientras que la centralidad histórica de la Revolución francesa continúa erosionándose desde el bicentenario de 1989, Pincus reafirma que en la Inglaterra de 1688 pueden aislarse con claridad los contornos de un estado 'modernizante' (centralización y burocratización de la autoridad política; transformación y profesionalización de la fuerza militar; intervencionismo estatal para acelerar el crecimiento económico y moldear la sociedad; creciente vigilancia y control sobre la población). Durante su reinado (1685-1688), Jacobo II emprendió lo que Pincus denomina una «modernización católica», muy influenciada por el absolutismo de Luis XIV. Jacobo II aumentó el gasto militar para crear una armada moderna a la francesa, buscó controlar la opinión pública e incrementar los mecanismos directos e indirectos de vigilancia (por ejemplo, abriendo sistemáticamente las cartas del correo), se sirvió de funcionarios católicos para «catolicizar cada nivel del gobierno» (173), del sistema judicial e incluso de universidades como Oxford y Cambridge.

Ni la presión poblacional, ni la modernización socio-económica fueron las causas de la Revolución de 1688, sino la modernización del estado encabezada por Jacobo II. Aunque Pincus expande su hallazgo más allá del caso inglés: «En todas las revoluciones, el Antiguo Régimen había dejado de existir antes de la revolución. Las revoluciones, por tanto, no enfrentan a elementos modernizados contra defensores del orden tradicional. Al contrario, las revoluciones ocurren sólo después de que el régimen en el poder se ha puesto a sí mismo en un rumbo modernizador.» (36) Sin la modernización del estado no hay revolución posible.

El incremento de la fuerza estatal (y no la amenaza de su debilidad) es el presagio de la revolución. ¿Cómo? Pincus formula una tesis sugerente, no del todo refrendada empíricamente. La modernización estatal en Inglaterra atrajo (como las revoluciones francesa, rusa, china, cubana e iraní) a mayores porcentajes de personas en contacto directo con la maquinaria estatal: desde recaudadores de impuestos a la policía secreta, que operaban desde la corte real hasta el pueblo más recóndito. La fuerza de tal atracción creó nuevos individuos politizados, «nuevos públicos que de repente se preocupan por la política nacional» (39). Pero si el estado se está modernizando, ¿por qué estallan las revoluciones? Apoyándose en el politólogo Carles Boix, Pincus argumenta que las revoluciones suceden en contextos donde «el régimen en proceso de moderni-

zación no es claramente percibido como el poseedor del monopolio sobre la violencia» (41). La pregunta que Pincus hace, si bien no contesta, es: ¿por qué los estados se modernizan?

(b) En 1685, Inglaterra «no era una sociedad capitalista agraria; era una sociedad capitalista» (59), que buscaba reflejarse más en el modelo económico holandés que en el español. Relatado como un telón de fondo y no como una efectiva narrativa causal, Pincus aborda «los desarrollos [que] facilitaron la transformación gradual de los ingleses de una nación de consumidores dependientes exclusivamente de los ritmos de las ferias de mercado en una nación de compradores» (68). El consumo de carbón, hierro y otras materias primas y alimentos (el azúcar, el té y el café) creció exponencialmente. Se ampliaron los mercados, por los que circulaba una creciente producción de textiles para el consumo de masas. Londres, tras el incendio de 1666, se reconstruyó a base de muros de piedra y ventanas de cristal. En sus calles, cada vez más limpias y ya iluminadas a gas, los ciudadanos acudían a las primeras librerías públicas, estiraban sus piernas en los paseos y enviaban las cartas a través de un nuevo sistema: el national post office y el penny post. Pero sobre todo los ciudadanos de Londres y otras urbes pasaban mucho tiempo en el coffeehouse, convertido en un centro emergente de información y discusión de la vida pública y política. Y Londres no sólo mejoró su comunicación con el resto del mundo, sino sobre todo con el interior del país y sus coffeehouses.

(c) La Gloriosa fue una revolución: popular, violenta y divisiva. (Un esquema tripartito que recuerda al del rehabilitado G. Lefebvre.) Frente a la historiografía previa, Pincus sostiene que la revolución era la única alternativa. Para reivindicar su violencia y sangre, Pincus compara el *Irish Fright* de 1688 con *la grande peur* francesa de 1789 (247). Además Inglaterra, Escocia e Irlanda fueron salpicadas de batallas, revueltas y destrucción de la propiedad comparables a la Francia de 1789. La entidad de dicha violencia (detalladamente narrada) es incuestionable. Pero la naturaleza y número de víctimas (creo) resultaron muy distintas, haciendo inviable tales comparaciones. La violencia inglesa se dirigió hacia el ejército, empleados del estado «modernizante» de Jacobo II y contra edificios y símbolos católicos. Pero no hacia el pueblo (salvo en Irlanda (274)), como sí aconteció en Francia. Un elemento central de numerosas revoluciones modernas (Francia, Rusia, México) fue la matanza de poblaciones, hasta aproximarse a guerras civiles. Si Inglaterra constituyó la primera revolución moderna, ¿por qué su violencia revolucionaria tuvo un impacto tan localizado sobre la población? Pincus no lo explica y —siendo una obra tan cuantiosa y cuidadosamente documentada— sorprende que no estime el número total de víctimas. ¿Quizás porque los católicos en Inglaterra no superaban el uno por ciento de la población y no fueron percibidos como una amenaza real? ¿O acaso, simplemente, porque no hubo una contrarrevolución?

¿Cómo transformó la Gloriosa a Inglaterra? Pincus se concentra en tres campos: (1) la política exterior, (2) la economía política y (3) la iglesia. Pese a ser un

rey popular, Jacobo II encontró una resistencia creciente a su «modernización católica». No, como argumenta la historiografía, porque se volviera un absolutista (historiadores Whig) o fuese demasiado tolerante con la religión (revisionistas). No. Jacobo II abrazó «una agenda ideológica muy moderna y agresiva... que adoptaba las más actuales nociones de creación estatal.» (121) Tan avanzada resultaba su agenda que desató respuestas revolucionarias, formuladas además en términos legales y seculares. John Locke, Isaac Newton (Whig en la Cámara de los Comunes en 1689) o Daniel Defoe airearon su oposición contra Jacobo II.

(1) No sólo la mayoría de los ingleses estaban «extremadamente bien informados» (309) sobre la política exterior, sino que les preocupaba que Jacobo II tuviese una «visión imperial muy moderna» (319), basada en el reparto del mundo con Luis XIV. Y así la Guerra de los Nueve Años (1689-1697), a la que Guillermo III se unió tras destronar a Jacobo II, se desarrolló como una guerra moderna para «proteger las libertades nacionales europea e inglesa contra un monarca con aspiraciones universalistas» (345) y no como una guerra de religión. Sin duda, para Pincus, tal cambio en la filosofía de la guerra supuso una auténtica revolución.

(2) Provocados por las reformas modernizadoras de Jacobo II, los Tories y Whigs se dividieron en torno a las bases del desarrollo económico. Para los Whigs, la propiedad provenía del esfuerzo humano y por tanto era infinita. Para los Tories, era una creación natural. El triunfo Whig permitió instituir un modelo basado, no en la tierra, sino en las manufacturas. Mientras los Tories luchaban por promover un Land Bank, los Whigs instauraron el Bank of England, pudiendo además introducir impuestos sobre la tierra que favorecieron el despegue de una sociedad articulada en torno a las manufacturas.

(3) Antes de la Gloriosa, la Iglesia de Inglaterra estaba profundamente dividida. La «modernización católica» de Jacobo II, en especial el proceso contra los Siete Obispos en 1688 acabó de unir a la nación contra su rey (197). El resultado revolucionario fue que tanto los disidentes protestantes como los católicos romanos disfrutarían tras 1688 de una creciente libertad religiosa (471). Esta vertiente transformadora de la Gloriosa demuestra, según Pincus, nuevamente su modernidad, pues ya no se trató —como defiende la historiografía— de una lucha entre católicos y protestantes; la concepción de la acción política en base a los criterios confesionales de los siglos XVI y XVII se superaron en 1688 (479).

¿Es para Pincus la Gloriosa una revolución social? Sí. Pero su explicación resta confusa. Por una parte, ya vimos cómo describe los profundos cambios socio-culturales y económicos experimentados en Inglaterra antes 1688: una sociedad dinámica, activa. Por otra, Pincus da a entender que el reinado de Jacobo II sirvió de catalizador de dichos cambios, es decir, como si en el fondo la sociedad inglesa hubiese sido un cuerpo inerte. Sin el catalizador, sin Jacobo II, tales cambios no hubiesen acontecido.

No es menos difícil compatibilizar sus afirmaciones de que la Gloriosa fue «un evento radicalmente transformador» (11) y, a la vez, tal revolución radical

no seccionó la historia del país en dos mitades (8). En la primera afirmación, Pincus piensa como Albert Soboul. Y en la segunda, como François Furet.

Esta inconsistencia entre cambio y permanencia reaparece al abordar la Revolución de 1640-1660. Pincus niega su carácter revolucionario (defendido por Christopher Hill, Michael Walzer, Robert Brenner, entre otros). Arguye que sus transformaciones fueron revertidas por la restauración monárquica de 1660. No hubo revolución. Y sin embargo Pincus sí admite que es mejor entender la Revolución de 1688 como un proceso de larga duración, cuyas raíces se nutren de la «amplia crisis de la década de 1620» (483).

¿Fue la Gloriosa una revolución burguesa? Sí. Pero Pincus asegura que enmarcar la respuesta en términos de clase empobrece el debate (31-2). Ahora bien, en su deseo de enaltecer la modernidad de dicha revolución, ha de encontrarle orígenes burgueses. No se trata de una revolución burguesa en el sentido tradicional (léase materialista histórico). Pincus no restaura la burguesía como clase social, sino como «cultura y política» (483). Los mercaderes fueron incapaces de desempeñar un papel político independiente porque Jacobo II impuso un programa modernizador pero anti-burgués, mientras «el programa político-económico de los revolucionarios [sic.] privilegió los valores comerciales y urbanos.» (484) El triunfo de la revolución en la política económica Whig conllevó una revolución de los valores culturales. Pincus no explica cómo ocurrió esta revolución —acaso más revolucionaria si consideramos que habría de repercutir sobre más millones de personas.

La aportación teórica de Pincus resulta limitada. (Son mayoría las oraciones cuyo sujeto corona Jacobo II). No obstante, *1688* representa un paso claro en la emergencia del paradigma que en otro lugar (Alfonso Mendiola y Luis Vergara, eds., 2010) he denominado el «giro hacia el XVIII», según el cual desarrollos históricos que axiomáticamente se han dado por sentado como fundacionales del mundo contemporáneo (las revoluciones, la sociedad de clases, la conflictividad y lucha sociales, el discurso científico, el surgimiento del estado-nación y el nacionalismo, así como las actuales nociones de sociedad, economía y política) no son productos del siglo XIX sino del XVIII. Con Pincus, la Revolución francesa de 1789, la supuesta puerta de entrada a la contemporaneidad, aparece precedida por otra puerta, cien años más antigua pero igual de moderna: la Revolución de 1688.

Este ambicioso objetivo de reescribir la historia de la Gloriosa es bienvenido y muy necesario. *1688* reafirma además la labor encomiable de una generación de historiadores de Inglaterra no insularistas (Tim Harris, Melinda Zook) y reta a los historiadores, especialmente a los de la Francia revolucionaria, a responder si 1688 fue la primera revolución moderna.

Álvaro Santana Acuña
Universidad de Harvard